

El *Atlas Histórico* de William Robert Shepherd

Antonio Prado Gómez

IES. Lucus Augusti. Lugo

RESUMEN: No hay duda de que un atlas es una magnífica herramienta para la comprensión de la evolución histórica porque se trata de un soporte informativo que expresa muy bien las coordenadas de *tiempo* y *espacio* en que se sitúan los acontecimientos, incidiendo en la antigua idea del historiador y geógrafo griego Heródoto quien afirmaba que la *cronología* y la *geografía* eran los “ojos” de la historia. De ahí el interés que puede ofrecer el contenido de uno de los primeros atlas históricos que merece ese nombre: el *Historical Atlas* de William R. Shepherd, uno de cuyos ejemplares se conserva entre los fondos bibliográficos del IES Lucus Augusti.



El autor

El cartógrafo e historiador William Robert Shepherd nace en 1871 en Charleston, Carolina del Sur, y muere en Berlín en 1934. Estudió en las universidades de Columbia y Berlín y sería profesor de las de Columbia y Harvard.

1. William Robert Shepherd.

Fue un pionero en el campo de la historia de la América Latina, adoptando una decidida posición crítica sobre la importancia historiográfica que en su época se concedía a las colonias inglesas en detrimento de la españolas, portuguesas y francesas. Contrario a las posturas que el imperialismo estadounidense imponía desde fines del siglo XIX, se declararía partidario de lograr una unidad panamericana. Su obra más conocida fue el *Atlas Histórico* que aquí se comenta¹, pero es autor también de otros interesantes trabajos como *América Central y del Sur* (1914), *América Latina* (1914) y *Las naciones hispanas del Nuevo Mundo* (1919).

El Atlas

Los 215 mapas de esta recopilación ofrecen un recorrido por la historia del mundo respondiendo a dos premisas muy claras: la primera es la importancia concedida a los EE.UU., patria del autor y una nación que, cuando se publicaba esta obra, era ya una destacada potencia, aunque su reconocimiento internacional debería esperar al final de la I Guerra Mundial en la que su intervención resultó decisiva. El segundo presupuesto es que, aunque hay algunas alusiones a otros continentes y civilizaciones, la visión ofrecida es fundamentalmente eurocentrista y dedica atención preferente a la evolución de

¹ SHEPHERD, William R., *Historical Atlas*, New York. Henry Holt and Company, 1911.

Europa y de la civilización occidental porque era la que explicaba y singularizaba la de los EE.UU. Desde el punto de vista temático, la obra muestra un particular interés por las cuestiones que aluden a la historia política y eclesiástica, aunque tampoco olvida incursiones puntuales en aspectos económicos y sociales, adelantándose en este sentido a posteriores iniciativas historiográficas²; así se explica que a partir del éxito de su primera edición en 1911 se sucediesen otras hasta los años centrales del siglo XX.

En cuanto a sus referencias españolas el autor manejó una bibliografía muy específica en la que figuraba la *Historia de España y de la Civilización española* que Rafael Altamira publicaba en la primera década del siglo XX³. También utilizó los *Atlas geográficos del Reino de España e islas adyacentes* y el *de la América Septentrional y Meridional* de Tomás López de mediados del siglo XVIII⁴, la obra de Mariano Torrente, *Historia de la Revolución hispano-Americana* de 1830⁵, y el libro de Alejandro del Cantillo (mencionado como Castillo) *Tratados, Convenios y Declaraciones de Paz y de Comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la casa de Borbón, desde 1700 hasta el día*⁶.

El Atlas de Shepherd ofrece un repertorio de más de doscientas láminas históricas intercalas entre una primera que recoge un mapa físico del Viejo Mundo y una última en la que figura el Canal de Panamá con su perfil topográfico. El primero de esos mapas servía para recordar que el medio físico es fundamental para el análisis histórico y el segundo para resaltar la actualidad de la obra, ya que el canal, aunque prácticamente rematado, no sería inaugurado de manera oficial hasta tres años después de la publicación del Atlas. Algunas de sus láminas incluyen, además, croquis, planos o

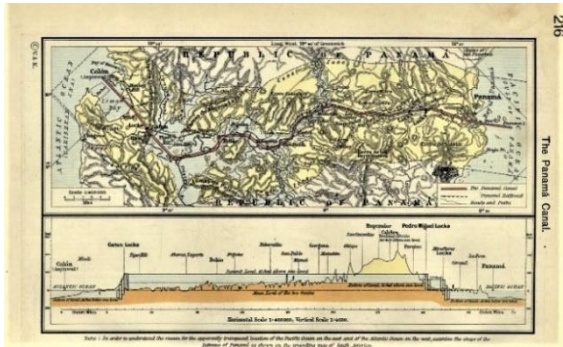
² La Escuela de Annales que defendía la importancia en la historia de los procesos económicos y las estructuras sociales sería fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre. Ib. ASENJO GONZÁLEZ, María, *Los Atlas históricos*, 1996. revistas.um.es/medievalismo/article/download/52021/50151

³ Rafael Altamira Crevea (1866-1951) fue un historiador americanista formado en los principios de la Institución Libre de Enseñanza. Es considerado uno de los impulsores de la historiografía española especialmente en el ámbito de la cultura y las ideas.

⁴ Tomás López de Vargas Machuca (1730-1802) fue un cartógrafo español que desarrolló su trabajo en el contexto de la Ilustración española del siglo XVIII. La primera edición de su *Atlas Geográfico de España que comprehende el mapa general del Reyno y los particulares de sus Provincias* apareció en Madrid en 1804. Vid. MARTÍNEZ GARCÍA, Josefina, MANZANO-AUGLIARIO, Francisco y SAN-ANTONIO GÓMEZ, Carlos, *El Atlas Geográfico de España de Tomás López: Análisis mediante SIG de las poblaciones del "Reyno de Jaén" (1787)*, CT, Revista del Catastro, abril, 2012, pp. 111-138.

⁵ Mariano Torrente (1792-1856) fue un diplomático y político que tras ocupar distintos cargos por Europa terminaría instalándose en los años cuarenta en Cuba. La obra de referencia se publicó en Madrid en la imprenta de León Amarita, 1829-1830; dos años antes había publicado una *Geografía universal, física, política e histórica*.

⁶ Alejandro del Cantillo, *Tratados, Convenios y Declaraciones de Paz y de Comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la casa de Borbón, desde 1700 hasta el día*. Madrid, Imprenta de Alegría y Charlain, 1843. El autor (n. 1802) fue oficial de la Secretaría de Estado y Despacho y dedicó este voluminoso trabajo diplomático a la reina Isabel II con el deseo de que le sirviese de información para conocer las relaciones que España había mantenido con otras potencias.



puntualizaciones cartográficas con las que se pretende concretar aspectos considerados importantes.

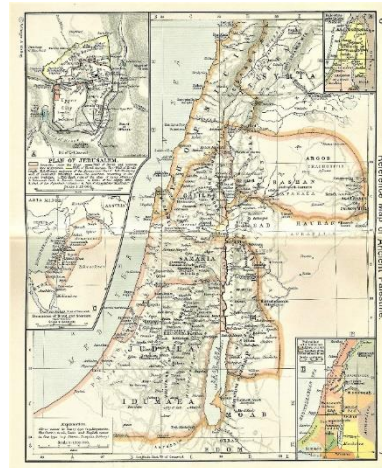
2. Canal de Panamá.

El mundo antiguo

En esta extensa colección de mapas destaca en primer lugar el que hace referencia al Próximo Oriente, carta que debe interpretarse como concesión a una crónica bíblica todavía influyente en las interpretaciones históricas de principios del siglo XX. Incluye, como complementos, un plano de la Jerusalén antigua, alusión urbana fundamental tanto para el mundo judío como para el cristiano, y otras singularizaciones territoriales y étnicas que ayudarían a explicar los contenidos del Antiguo Testamento.

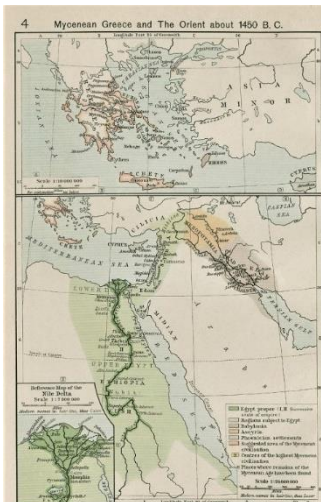
3. Geografía Bíblica.

El siguiente paso, que se justifica porque debe recordarse que un objetivo esencial de la obra era analizar la evolución de la civilización europea, aludía a los cimientos geográficos e históricos de Occidente, y así, incluía un mapa del entorno físico de la civilización egipcia y mesopotámica y del ámbito del Egeo y Asia Menor.



Era un contexto que se remontaba al inicio del mundo helénico, al que no dudaba en dedicar algunos de los mapas sucesivos con la intención de resaltar reseñas homéricas y en particular las que recordaban la guerra de Troya, conflicto que habían recogido las primeras referencias literarias de Occidente.

La continuación natural era la explicación de la historia griega, para lo cual se incluía un plano del complejo religioso de Olimpia, santuario en el que tendrían lugar hacia el siglo VIII aC. los juegos olímpicos, que se consideraban un ejemplo primigenio de relaciones intercomunitarias. Dentro del famoso recinto, y en el centro de otras emblemáticas construcciones, se levantaba el templo de Zeus que contenía la famosa estatua del padre de los dioses clásicos, obra de Fideas que en su momento sería considerada una de las siete maravillas del mundo.

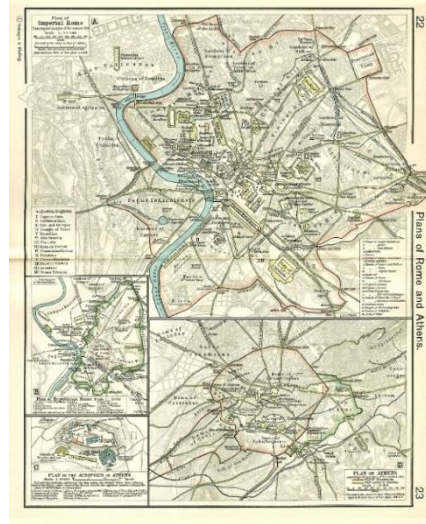


4. Oriente Próximo y escenarios homéricos.

El epílogo del mundo helénico era el período macedónico y para conocerlo era necesario mencionar las grandes conquistas de Alejandro el Magno en un espacio asiático que llegaba hasta las fronteras de la India. Las campañas alejandrinas facilitaron el contacto entre el mundo occidental y el oriental, o, si se quiere, la relación entre Europa y Asia, para así completar el perfil territorial del mundo antiguo que se mantendría hasta el siglo XV cuando los descubrimientos europeos permitan la apertura de nuevos horizontes. La impresionante dimensión del imperio de Alejandro contrastaba con su perdurabilidad, ya que apenas sobrepasó la corta edad de su creador para dividirse luego en marcos geográficos y políticos diversos.

5. Roma y Atenas.

Naturalmente. no podía faltar la referencia al más importante imperio de la antigüedad, el romano, y a su capital, la ciudad del Tíber que había sido la mayor urbe del mundo al iniciarse la cronología cristiana. Como complemento, y también como antecedente, se incluía un plano de Atenas la cuna de la cultura occidental y la precursora directa del mundo latino.

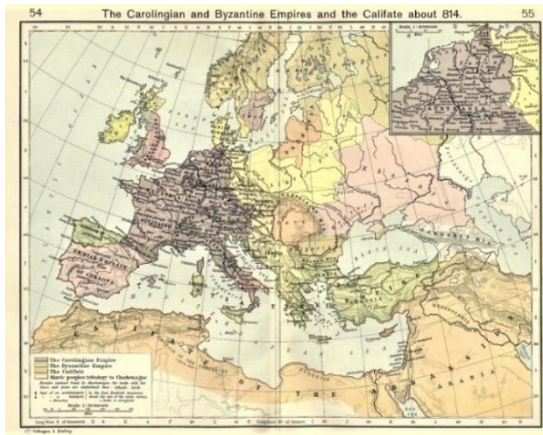


Si Roma era la ciudad que creó un imperio, era necesario resaltar el marco geográfico que enmarcaba el mar Mediterráneo, con razón denominado “mare nostrum” por los propios romanos. Su máxima extensión, que se alcanzaría en el siglo II dC. , integraba con creces todos los territorios que rodeaban ese mar alcanzando las fronteras de centroeuropa, el Sahara y el mar Caspio.

En el mapa general del Imperio romano se incluían tres ámbitos más concretos: el del entorno del Lacio que constituyó el inicio de su expansión territorial por la península itálica, el de la ciudad de Cartago, el gran enemigo de Roma en los inicios de la expansión fuera de la península, y una referencia a la ciudad egipcia de Alejandría, urbe de indudable protagonismo en la guerras civiles del siglo I aC. que abrieron un camino hacia Oriente.

El mundo medieval

Con las incursiones que marcaron la destrucción del imperio romano y el fin del mundo antiguo se abría la etapa medieval y cristiana. Un mapa histórico de esta época resultaba imprescindible para entender el cambio de ciclo y la aparición de una Europa que se repartía en unidades políticas diversas; eran el resultado de la instalación de pueblos invasores en los territorios europeos en los que se habían mixturado con las poblaciones locales, lo que daría origen a



nuevos escenarios políticos y sociales en los que la religión cristiana sería un elemento aglutinador.

6. El mundo ca. el año 814 dC.

Un salto cronológico, hasta el año ochocientos dC. permitía comprobar en qué medida había cambiado el ámbito del mundo romano donde ahora se asentaban tres grandes unidades políticas que confrontaban entre sí: el califato musulmán en las áreas más meridionales, el imperio carolingio en las occidentales y el bizantino en las orientales. Las zonas más septentrionales no ofrecían una organización política definida, aunque las incursiones de navegantes escandinavos por los otros espacios serían habituales al menos durante dos siglos.

La incipiente conformación de los futuros estados europeos –España, Inglaterra, Francia, Polonia...– se recogía en un mapa fechado hacia 1097, una fecha significativa que pretendía señalar el inicio de la primera Cruzada, es decir el comienzo de una serie de intentos de los reinos occidentales, bajo la bandera de la Iglesia y el Papado con la intención de recuperar los Santos Lugares en poder de los musulmanes. La entidad política europea más importante de estos momentos era el Sacro Imperio Romano Germánico, pero su fortaleza interna resultaba muy cuestionable.

Sin abandonar la óptica europea que marcaba gran parte de la serie de mapas, se recogía en uno de ellos el escenario geográfico de la cristiandad en la Baja Edad Media hacia el año 1300, un momento en el que los estados occidentales aparecían mejor caracterizados y en el que el califato abasí estaba ya en franca decadencia. La visión bajomedieval se completaba con cartas de contextos geográficos más concretos, como el de Inglaterra en el que se incluía un plano del Londres medieval, o una selección de mapas históricos de la península ibérica que permitían vislumbrar el avance de la reconquista cristiana sobre el territorio musulmán.

7. La península ibérica (910-1492).



Se concedía, además, una visión extra europea que rompía el tradicional marco occidental al incluir un mapa sobre el imperio mongol, superpotencia que había conseguido dominar la mayor parte de Asia e incluso importantes territorios europeos en el siglo XIV.

8. Imperio mongol

El relato del periodo medieval se cerraba con la inclusión de algunos mapas de contenido económico y cultural, como el que aludía a los principales centros del comercio europeo, destacando los contornos financieros marcados por las urbes flamencas e italianas y por el activo núcleo londinense. Un segundo cuadro era el dedicado a la situación de las universidades medievales, instituciones que marcaron el renacimiento cultural y urbano de Europa a partir del siglo XII. Su profundo sentido cristiano recogía la herencia de las escuelas monacales y catedralicias que habían sido los reductos de resistencia cultural durante la alta edad media, y a partir de su fundación esos centros de enseñanza contribuirían a impulsar la vida intelectual europea que durante siglos había permanecido apagada, preparando así la llegada del Renacimiento y del mundo moderno.

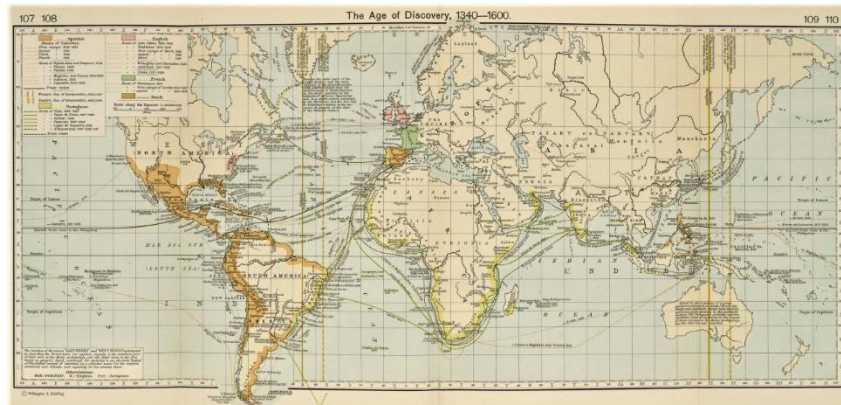


El mundo moderno

La historia de los últimos cinco siglos se iniciaba con el registro gráfico de los descubrimientos de nuevos espacios geográficos por parte de los europeos, dedicando especial atención a los territorios americanos que eran bien conocidos para el autor. Los protagonistas de la expansión serían los estados occidentales encabezados por las monarquías ibéricas, y en este caso España tenía un indudable papel protagonista.

9. La era de los descubrimientos

Los comentarios sobre la ampliación de los contornos geográficos



conocidos hasta el siglo XV no impedirían dedicar una especial atención a algunos acontecimientos europeos y asiáticos, como demuestran, por ejemplo,

las cartas que hacen referencia a los conflictos religiosos del siglo XVI que supusieron la desaparición de un uniforme cristianismo occidental, o, mirando hacia el este, la constitución de un nuevo imperio oriental, el turco, que acabó con la supremacía que había mantenido durante mil años el imperio bizantino. Como esta nueva entidad política había adoptado la religión musulmana, no

faltaron en aquel siglo ni en los siguientes los conflictos entre los territorios y estados que representaban a la civilización cristiana (católica o no) y la islámica.

10. Imperio turco, entre 1481 (muerte de Mehmet II) y 1683 (segundo sitio de Viena por los otomanos).



Al llegar al dinámico siglo XVIII podía perfilarse un mundo en

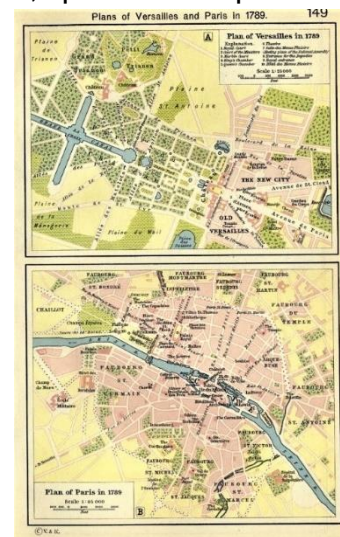
el que la mayor parte de las tierras, mares y habitantes soportaban una hegemonía europea que se expresaría en la constitución de grandes imperios coloniales como el español o el británico. La situación geopolítica era visible a través de un mapa histórico en el que se particularizaba el escenario del mar Caribe y de la Polinesia; en éste último caso el océano Pacífico aparecía como un nuevo ámbito, un poco más tardío, de exploraciones.

El siglo XVIII se cerraba con el acontecimiento que marcaba la llegada del mundo contemporáneo: la Revolución Francesa. En este proceso se concretaban dos emblemáticos marcos históricos: Paris y Versalles, en los que se desarrollarían los eventos fundamentales de la década 1789-99 que concluiría con la llegada de Napoleón Bonaparte al poder. De hecho, el proceso revolucionario francés había tenido un precedente en la revolución norteamericana de 1778-87, tras la que en ese territorio se conformó la primera democracia moderna y se redactó una constitución, pero este proceso Shepherd lo trataría más tarde integrándolo en los contenidos contemporáneos.

11. Versalles y París en 1789.

El mundo contemporáneo

Para el autor esta cronología se identifica con el siglo XIX, es decir con el tiempo transcurrido entre las guerras napoléonicas y los primeros años del siglo XX en los que concluyen sus referencias, y es esta una etapa a la que dedica el 30% del material cartográfico. El nuevo ciclo histórico comenzaba con los cambios trascendentales que provocó el proyecto



de Napoleón Bonaparte, un militar que se presentaba como heredero de la Revolución Francesa y que con sus conquistas convulsionaría el mapa de Europa. Por la importancia de esta estrategia Shepherd dedica varios mapas a aspectos bélicos que se inician en el contexto del proceso revolucionario francés y que se prolongan hasta la derrota definitiva del emperador en Waterloo en 1815, a la que, naturalmente, concede otro registro particular porque significó el fin de la idea napoleónica.



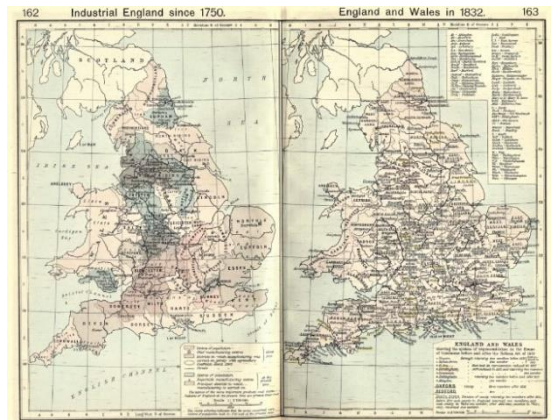
A partir de aquí se produciría otra transformación en el mapa europeo puesto que, como reacción a la idea unitaria de Napoleón, surgirían respuestas nacionalistas que permitirían conformar en la segunda mitad del siglo XIX, y tras complejos procesos unificadores, dos nuevos e importantes estados europeos: Alemania e Italia, a los que se dedican sendos mapas históricos.

12. Los nacionalismos alemán e italiano.

En el primero de estos procesos, el impulso unificador y nacionalista partiría y se consolidaría de la mano del estado prusiano que dirigían el monarca Guillermo I y su canciller Otto von Bismarck frente a las resistencias de sus vecinos austríacos y franceses. En el segundo proceso el estímulo saldría del pequeño reino de Piamonte y del esfuerzo de su soberano Víctor Manuel II, de su ministro Cavour y del activista revolucionario Garibaldi que conseguirían solventar las resistencias del teocrático Estado Vaticano que había dominado el panorama político italiano durante muchos siglos.

Junto a las experiencias nacionalistas, el siglo XIX europeo estaría marcado por un intenso proceso de industrialización que partiría de Inglaterra y que supondría colocar a fines de siglo a Europa en una posición hegemónica con respecto a los otros continentes desde el punto de vista tecnológico. Este proceso traería consigo grandes cambios económicos y sociales que también tuvieron su epicentro en Inglaterra como expresaba el mapa dual que se incluía con las referencias cronológicas de 1750, que podía considerarse como la de inicio del proceso industrial, y la de 1832, en la que ese proceso estaba consolidado y simbolizado con la Reform Act, el cambio electoral inglés que supuso un primer paso hacia la adopción de los ideales democráticos.

13. La industrialización inglesa

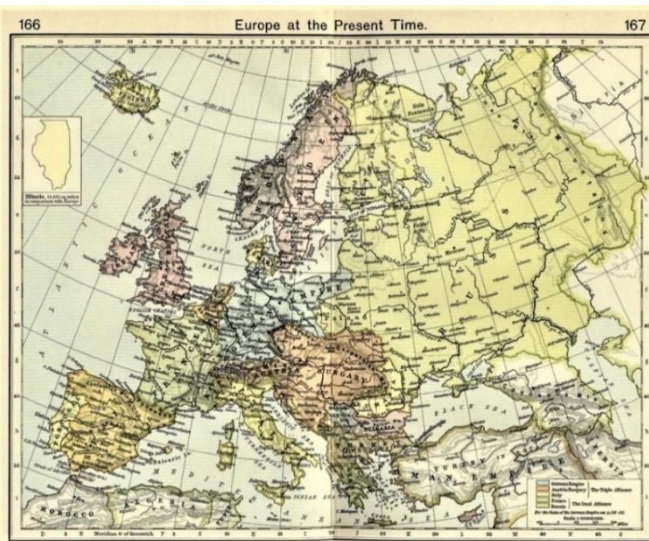


Estos acontecimientos permitían a Shepherd rematar sus reflexiones con un mapa sobre la situación del continente europeo a principios del siglo XX, lo que para él era la actualidad, por lo que presentaba el estado geopolítico en vísperas de la I Guerra Mundial. Tal reproducción permitía distinguir los dos bloques enfrentados en la contienda, el de los imperios centrales –alemán, austro-húngaro y turco– y el de las potencias que componían la entente –Gran Bretaña, Rusia y Francia–. Junto a esta carta se ofrecía otra en la que se registraba gráficamente la zona donde se iniciaría el conflicto: el decadente imperio austro-húngaro y en particular el área de los Balcanes, un ámbito problemático en el que a las discordias entre los nacionalismos étnicos se

unían las apetencias imperialistas de las potencias limítrofes.

14. Europa a principios del siglo XX

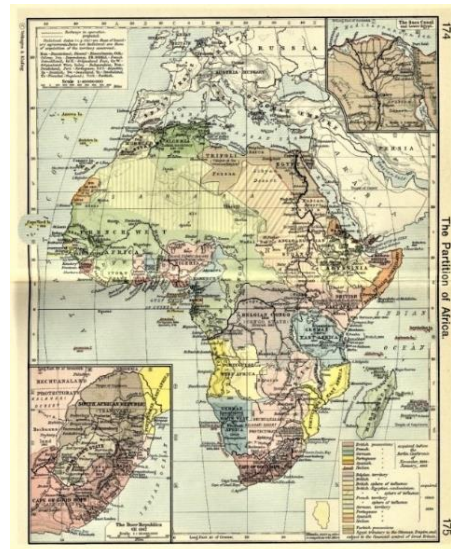
La última serie de mapas no ofrecían referencias al espacio europeo salvo aquellas que se dedicaban indirectamente a su proyección colonial en África o en el resto del mundo. Sobre el continente citado se incluía una carta



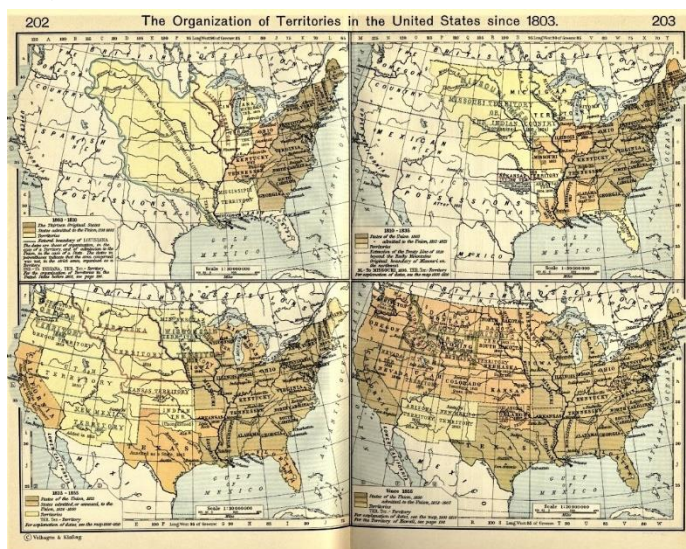
histórica que recordaba su casi completo reparto entre las potencias europeas, de las que Gran Bretaña y Francia se llevaban la mejor parte del pastel colonial. Al mapa general le acompañaban dos cartelas explicativas sobre la zona egipcia del canal de Suez, vía marítima abierta en 1869, muy importante para el comercio internacional, que sería en el futuro una zona de conflicto; una segunda cartela aportaba una visión geográfica de los territorios sudafricanos escenario de la segunda guerra anglo-bóer de 1899 a 1902.

15. El reparto colonial de África.

A partir de estas referencias coloniales todavía muy vigentes a la altura del año 1911 en que se publicaba el Atlas, Shepherd pasaba a comentar los espacios americanos que eran, a fin de cuentas, un tema de su especialidad, sin olvidar la idea de que América era una proyección política, económica, social y cultural de Europa, como se demostraba, por ejemplo, en el ámbito lingüístico o religioso.



Al mapa físico de América del Norte le sucedía el registro gráfico de la situación de este continente previa a la llegada de los europeos, indicando las poblaciones indígenas que lo habitaban y la mayor parte de las cuales vivían a un nivel paleolítico. Realmente, el autor se centraba en la realidad territorial de los actuales EE.UU. que era su país de origen, preferencia que le impulsaba a ofrecer la evolución de esta nación desde el perfil marcado por las trece colonias inglesas de la costa atlántica, que se constituyeron como el núcleo originario de la futura potencia en las décadas finales del siglo XVIII, a la



sucesiva ampliación del espacio territorial y político a lo largo del siglo XIX, hasta concluir su expansión de uno a otro océano. Un crecimiento espectacular no solo a escala territorial sino también demográfica gracias a la intensa inmigración recibida.

16. Los EE. UU. entre 1783 y 1803

Ese crecimiento territorial y demográfico iría acompañado de otro económico, visible a través del incremento de las producciones americanas con valores que se ofrecían en un cuadro estadístico y que permitirían a los EE.UU. convertirse en una gran potencia mundial en vísperas de la I Guerra Mundial, enfrentamiento que se decidiría tras su intervención.

La única guerra que éste enorme país hubo de soportar en su propio territorio, la de Secesión, tuvo un efecto galvanizador, puesto que, pese a su elevado coste económico y de vidas humanas, supuso exactamente lo contrario de lo que indicaba su apelativo: un proceso de unificación y el robustecimiento de un espíritu de identidad que es uno de los más asentados del mundo.

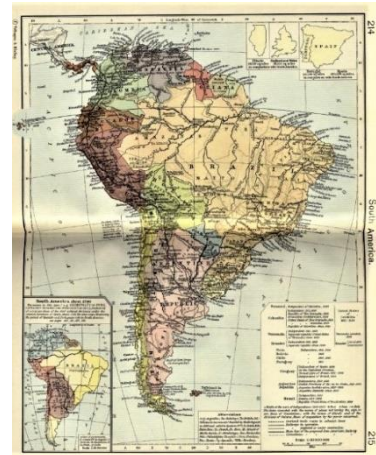
Una referencia cartográfica mucho más breve –a los EE.UU. se le habían dedicado 17 mapas y 1 al Canadá– se concedía a los países latinoamericanos, pese a que el autor había manifestado en otras ocasiones su afecto por estas naciones surgidas de la descolonización española y portuguesa. Sobre ellas trataban dos de los últimos mapas del Atlas de Shepherd, uno del espacio centroamericano y otro sobre el sudamericano, para cerrar la serie con la aludida carta del canal de Panamá en cuya construcción habían primado, por cierto, los intereses estadounidenses, ya que se pretendía

abrir con esta nueva vía una conexión entre sus áreas de expansión internacionales del Caribe y del Pacífico.



17. Centroamérica.

18. Sudamérica.



Hemos tratado de aprovechar las referencias del *Atlas histórico* de William R. Shepherd para realizar un recorrido histórico general que concluye en la segunda década del siglo XX. Evidentemente, por la fecha de la obra, no se recogen los acontecimientos más actuales, cuando el ritmo histórico se aceleraría y las relaciones humanas se volverían más globales, pero eso no impide valorar la excelente exposición histórico-geográfica ofrecida por el profesor norteamericano si tenemos en cuenta la época en la que se presentó y las posibilidades pedagógicas de esos momentos. Todo esto sin dejar de advertir las subjetivas limitaciones que tiene la obra y que en este caso se centran en la visión occidentalizante marcada por la procedencia estadounidense del autor, lo que determinó su especial interés por explicar la realidad de su país, un estado que en el contexto de la historia universal era en esos momentos un recién nacido, aunque ya había ofrecido algún toque de atención internacional como el del vapuleo a España en 1898.